

# Democracia, industrialización y pobreza

*Hernán Echavarría Olózaga*

*S*ea cual sea la idea que se tenga sobre lo que deben ser las relaciones entre el individuo y la comunidad, en la actualidad resulta claro que la única vía para superar la miseria que aqueja a los países del Tercer Mundo y para consolidar la democracia política, pasa por la industrialización y por el aceleramiento del ritmo del crecimiento económico, aun a pesar de tratarse de un proceso que en sí mismo es doloroso y traumático.

\* \* \*

LOS COLOMBIANOS PERTENECEMOS A UN PAÍS afortunado porque, a través de su historia, una y otra vez ha sido probado que el régimen democrático es el escogido libremente por el pueblo.

En ocasiones, por circunstancias económicas o políticas difíciles, hemos perdido la estabilidad democrática, pero únicamente por poco tiempo. Ya estamos en una etapa en la cual nuestro pueblo ha adquirido suficiente madurez para que podamos considerar que, venga lo que viniere, el destino del país es democrático; pero eso no quiere decir que no sea conveniente mantenernos alerta a los peligros que puedan presentarse.

Actualmente, los grupos guerrilleros que vienen asolando al país no reconocen ese destino democrático de la nación colombiana, y el problema más difícil que tenemos es cómo hacer entrar a esta minoría rebelde a la corriente democrática, sin que para lograrlo nos veamos precisados a retardar el curso de nuestro proceso político.

Toda sociedad democrática tiene que afrontar este dilema: ¿qué puede hacer para combatir a los violentos sin violar los derechos fundamentales? Los que quieren destruir la democracia saben muy bien que ésta no puede subsistir por mucho tiempo si esos derechos no se respetan, luego hacen todo lo posible porque ellos sean violados.

Yo creo que el error ha sido no haber exigido respeto a las instituciones desde cuando se puso en evidencia el peligro. La libertad es el derecho natural más preciado del hombre y el que pretenda apoderarse del Estado con las armas quiere quitarnos esa libertad, ese derecho que tenemos de elegir el gobierno por medio de las urnas. Los que eso pretenden deben ser rechazados perentoriamente.

III TRIMESTRE 1992

Por desgracia tenemos que reconocer que nuestra democracia tiene grandes defectos, e importantes sectores de la población tienen quejas fundadas contra ella, de allí que a veces sea difícil llevar a cabo una campaña vigorosa en su defensa. Mientras exista en nuestra sociedad un considerable número de marginados viviendo en la indigencia, es moralmente muy difícil defender nuestro sistema democrático. De allí la urgencia de llevar a cabo las transformaciones necesarias para corregir las grandes diferencias en el nivel de vida entre ricos y pobres.

El malestar político y social que se siente en Colombia, como en todos los países del Tercer Mundo y aun en otros que están un poco más avanzados, no es ni ocasional ni incomprensible. Todo lo contrario, es perfectamente comprensible y natural. Es el mismo malestar que experimentaron los países hoy industrializados al pasar de la etapa tradicional y semifeudal a la de la industrialización. Si leemos literatura política del siglo pasado sobre los tres países que fueron la cuna de la Revolución Industrial, Inglaterra, Francia y Alemania, vemos que las sociedades de estos países, cuando estaban llevando a cabo esa transformación tuvieron que atravesar una etapa prerrevolucionaria y de malestar social muy similar a la que ahora experimentamos nosotros, aun tomando en cuenta las grandes diferencias existentes entre ellos y nosotros.

No podemos decir que estemos en una revolución industrial, pues eso sería una exageración. Sin embargo, estamos en una etapa de crecimiento demográfico importante, con el consiguiente fenómeno de urbanización. A la vez, las mejoras en todo tipo de comunicaciones nos han puesto en contacto íntimo con los países ya industrializados. El efecto demostrativo nos está obligando a pasar a una etapa de mayor industrialización, quizá a un ritmo más acelerado del normal. De otra manera no podríamos darles trabajo y atender las necesidades de los millares de marginados que pululan en nuestras grandes ciudades sufriendo toda clase de privaciones. En esa etapa de crecimiento urbano en que estamos, creo que nadie se atrevería a negar que la industrialización es un camino obligado que tenemos que recorrer, gústenos o no, y que lo debemos hacer aceleradamente si queremos evitar grandes trastornos sociales.

Cuando hablo de industrialización estoy usando el término en su más amplio sentido. No me estoy refiriendo únicamente a las manufacturas. El camino hacia la industrialización incluye la organización de las unidades de producción agrarias y agroindustriales, que son complemento necesario al desarrollo de las manufacturas. Porque la Revolución Industrial que tuvo lugar en el mundo hoy industrializado fue un proceso generalizado de organización de la producción en todos los sectores. Fue la creación de las unidades de producción agrícola y manufacturera, lo que hoy llamamos las empresas. Nuestra sociedad de libre empresa y de mercado no podrá encontrar paz y equilibrio a menos que sea capaz de crear una organización de producción que suministre alimentos, vestuario y morada para todos los habitantes y no sólo para una pequeña franja de la población, como sucede actualmente.

Ese proceso de industrialización, de organización de las empresas, implica difíciles transformaciones sociales. El personal que ha de entrar a formar las empresas tiene que ser contratado y entrenado y después puesto a trabajar en labores sistematizadas, la mayor parte rutinarias, bajo métodos eficientes, por periodos continuos de 48 horas semanales y bajo estrecha supervisión administrativa. Ese proceso se llevó a cabo en los países europeos en pésimas condiciones, sin tener en cuenta la salud y el bienestar de la población, lo cual le ha dado mal nombre a esa transformación económica que se llamó la Revolución Industrial. Ahora supongamos que nosotros, debido a la experiencia que ya se tiene, lo llevamos a cabo en forma más razonable y tomando en cuenta técnicas de manejo más convenientes, como lo han logrado algunos países de Asia. Con todo, aun cuando lo hagamos mejor que lo que se hizo el siglo pasado, y como lo han logrado los asiáticos, podemos esperar resistencia de la población a ser organizada y puesta a trabajar en condiciones a las que no ha estado acostumbrada y que, para muchos, implica un cambio en el método de vida.

Implica también que, a medida que crece la masa trabajadora, se incrementa el número de empresarios. Y, desde luego, a medida que se desarrolla el proceso de industrialización y crece el equipo de producción, las empresas pasan de ser pequeñas unidades de producción a ser grandes conglomerados. Así tenemos un mayor número de propietarios de empresas y, fuera de eso, más pudientes. Es de esperar, pues, que los problemas sociales y los desacuerdos políticos sean más difíciles, debido a la mayor diferencia entre ricos y pobres, a menos que tomemos las medidas necesarias para regularizar las relaciones sociales, sin entorpecer el proceso de transformación del sistema de la producción.

No podemos olvidar que el proceso de industrialización implica necesariamente acumulación de capital. Si no hay acumulación de capital no puede haber crecimiento de las empresas y el proceso de industrialización no puede desarrollarse. Hasta hace poco se pensó que esa acumulación la podía hacer el Estado y de eso trataba el socialismo, pero ya sabemos, por la experiencia de los países hasta hace poco socialistas, que el capital en poder del Estado crea toda clase de problemas.

Pero ¿qué otro camino tenemos? Si miramos las enormes barriadas de marginados alrededor de nuestras ciudades nos damos cuenta de que a todos ellos les tenemos que dar trabajo. Y ¿qué otra manera de darles trabajo hay sino creando empresas, públicas o privadas, grandes o pequeñas? En esas eventuales empresas ellos tienen que trabajar y producir los bienes de consumo que urgentemente necesitan. Los alimentos, el vestuario y las habitaciones no nacen espontáneamente en los campos, sino que tienen que ser deliberadamente producidos por las empresas que organicemos.

Hace no más de cuatro o cinco años, un sector importante de la izquierda hubiera querido resolver este problema de los marginados con un vigoroso desarrollo de las empresas del Estado, quizá con un régimen marxista como el que existía entonces en Rusia y en otros países de Europa Oriental. Para lograrlo, el Estado hubiera tenido que organizar las manufacturas que produjeran el vestuario y los materiales de construcción que esa gran

masa de colombianos desposeídos requiere. Hubiera tenido que responsabilizarse también del establecimiento de las numerosas empresas agrícolas necesarias para producir los alimentos requeridos. La experiencia de los países otrora comunistas nos demostró que el Estado no puede apecharse la producción de esas cosas. Que, además, la socialización de los bienes de producción implica el establecimiento de un régimen político totalitario que, a la vez que impone la disciplina en el trabajo, coarta todas las libertades de la persona.

Si ahora no le corresponde al Estado organizar esas empresas, la clase dirigente tiene que asumir esa tarea, gustenos o no nos guste, puesto que no hay otra manera de darles trabajo a los marginados y suplir sus necesidades. Si nuestra clase dirigente, por desidia o pereza, porque prefiere la buena vida de las tareas sin responsabilidad y esfuerzo, se escuda en la disculpa que por muchos años dieron nuestros antepasados peninsulares, de que para ellos no eran esos oficios viles o mecánicos, difícilmente podrá sobrevivir nuestra democracia y perderemos nuestras libertades.

Lo que llevaron a cabo los comunistas en Rusia después de la revolución de 1917, fue una revolución industrial a la brava. Con el fin de darle trabajo a toda la población y de intentar producir los bienes que la sociedad requería, procedieron a crear las empresas que cumplieran ese cometido. Porque la industrialización es el camino que la humanidad necesariamente tiene que recorrer para lograr etapas de desarrollo social y cultural más avanzadas. Ese proceso lo ha de realizar bajo un régimen u otro y no hay cómo evitarlo. No lo puede evitar una sociedad marxista ni una de empresa privada y quien trate de evitarlo fracasa en su intento, como fracasó el comunismo y podemos fracasar nosotros.

El proceso de la industrialización no es deseable en sí mismo. No tiene nada de idílico, ni de poético, ni de artístico. Posiblemente la mayoría del pueblo colombiano no lo desea, pero el crecimiento de la población y la urbanización lo imponen y el castigo, si no se acepta, es la pobreza y la marginalidad de un gran sector de la población.

Es típico del proceso de industrialización, en un régimen de empresa privada, que los conflictos sociales se agudicen. Cuando no se toman las debidas precauciones surge la inevitable lucha de clases que Marx predijo, la cual se va agravando a medida que el proceso de industrialización progresa, y esto encierra toda clase de peligros, hasta cuando los beneficios de la industrialización fluyan al pueblo.

Estos mismos problemas fueron los que tuvieron los países desarrollados al entrar a la etapa de la industrialización. Si leemos historia económica de Europa Occidental vemos cómo allí se presentaron estos conflictos y cómo esos países pasaron por una etapa de luchas sociales, muchas veces revolucionarias. En la última parte del siglo pasado y principios de éste, hasta la primera guerra mundial, la situación social de Europa Occidental fue muy difícil y muchos líderes occidentales le daban pocas décadas de vida al sistema de empresa privada. Este se vino a afianzar sólo después de la Segunda Guerra Mundial que, como ustedes recordarán, terminó poco más o menos hace medio siglo. Fue sólo entonces cuando la estabilidad política y social

que hoy tienen esos países se consolidó y el proceso de crecimiento económico pudo continuar desarrollándose sin grandes conflictos sociales.

Me gustaría repetir que ese malestar político y social que nosotros los colombianos sentimos desde hace mucho tiempo, quizá desde la década de los años 60, es el mismo que sufren otros países de América Latina, como también el resto del Tercer Mundo. Son, pudiéramos decir, los dolores de ese gran parto que es la industrialización y, como he dicho, fueron los mismos que sufrieron los países que hoy llamamos industrializados.

Ahora bien, con todo y que la transformación industrial produce ese malestar político y social a medida que se desarrolla, más graves aún son los conflictos que se presentan cuando, exigiéndolo las circunstancias, la transformación no se realiza, o no se logra con la rapidez suficiente para alcanzar la planicie en la cual los conflictos se calman, cuando ya el grueso de la población principia a recibir los beneficios que ella genera.

Para mí esa es la etapa en la cual se encuentran Colombia y otros países de América Latina. Estamos en pleno proceso de industrialización, sufriendo las dificultades sociales y políticas de la transición que, de todas maneras, el crecimiento demográfico y la etapa histórica en que vivimos nos imponen, pero el cambio es demasiado lento. El pueblo no alcanza a sentir los beneficios de la transformación, todo lo que siente es la incomodidad que ésta produce.

En Colombia los problemas sociales y políticos son más agudos porque buena parte de lo que podemos llamar el establecimiento es medularmente antiindustrial, es decir antiorganizacional, en el sentido más amplio. O sea que se opone al proceso que podría llevarnos a la industrialización y, eventualmente, a la planicie en la cual el proceso de desarrollo económico y social puede continuar sin serios conflictos.

Frecuentemente oímos decir que lo social es lo fundamental y en realidad el país vive, desde la reunión de la Asamblea Constituyente del 91, en lo que podemos llamar un renacimiento de lo social. Eso está bien, puesto que ya se ha mencionado el error que cometieron los países de Europa occidental en el siglo pasado, al haber llevado a cabo la Revolución Industrial sin tomar en cuenta las condiciones de vida de los trabajadores. El bienestar del ciudadano y de su familia es obviamente el objetivo final de una sociedad democrática, por tanto hablar de la prioridad de lo social es una redundancia. Sucede, sin embargo, que los recursos macroeconómicos de toda sociedad son limitados, luego al disponer de ellos, tenemos que ver cómo los invertimos para que el resultado sea una democracia que, a la vez que elimina los marginados, resuelva los problemas de los sectores menos beneficiados por el sistema. Con todo, me temo que entre nosotros el clamor por lo social oculte un sentimiento antiindustrial, en el sentido amplio, es decir anti-revolución industrial.

Esto lo digo porque los que afirman tener sensibilidad social son los que más critican las políticas del gobierno actual y las tildan de neoliberales y de estar influenciadas por el FMI. Son, en verdad, los mismos que se resisten a la transformación, la cual no puede ser otra sino la que lleva al país a modernizar su economía haciéndola más empresarial. Ese sentimiento an-

tiindustrial no es nuevo en Colombia puesto que, en alguna otra época reciente, en el Congreso hubo encendidos ataques al "desarrollismo". ¿Qué otro puede ser el desarrollismo de la época actual sino la ruta de la revolución industrial y del empresarismo en todos los campos? El mundo de hoy le está dando la espalda a la sociedad tradicional y semifeudal y son muchos los que en Colombia se resisten a ese proceso, incluyendo buena parte de la jerarquía eclesiástica.

Este sentimiento antiindustrial se transmite al campo de las ideas políticas, donde, sin embargo, no se percibe en forma definida, sino con gran confusión. Si examinamos con cuidado el *idearium* de los dos partidos tradicionales, el Liberal y el Conservador, encontramos verdadera homogenización de las ideas, resultado de la actitud protradicionalista o antiindustrialista que existe, indistintamente, en los dos. Un conservador antiindustrial piensa, en muchos casos, como un liberal también antiindustrial. Por su parte tratándose del reparto anticipado de los beneficios de la industrialización, los partidos tradicionales están igualmente entremezclados. Ciertos conservadores siendo más partidarios de mejores servicios sociales y de más prestaciones que muchos liberales, y viceversa. Sin embargo, respecto de otras cuestiones o del reparto burocrático, cada uno conserva su partido. No es difícil, pues, comprender por qué existe ese terrible caos ideológico que encontramos en el *spectrum* político colombiano. Tal vez la confusión se aclararía si los partidos se alinearán mejor y si estas cuestiones del antiindustrialismo se entendieran más.

Esa confusión ideológica de los partidos tradicionales es la que les impide llevar a cabo una política definida, y el resultado es que el país no puede realizar la transformación hacia la industrialización que el momento histórico exige. Si no logra hacerlo rápidamente, mediante políticas inteligentes y permanece así semiparalizado, se verá abocado a un serio conflicto social. En la etapa actual de desarrollo económico y de urbanización, y ya con cerca del 70% de su población viviendo en las ciudades, la industrialización, en el sentido más amplio, entendiéndose por ella un proceso vigoroso de formación empresarial, es absolutamente indispensable, o si no ¿cómo vamos a suministrarles a los millares de marginados que hoy tiene el país las cosas más básicas para la vida? Sin una verdadera revolución industrial, no podremos resolver ese grave problema de los marginados, actualmente sin trabajo, con el consiguiente malestar social.

Es evidente que la sociedad latinoamericana siente actualmente ese malestar, que es el síntoma anterior a la transformación industrial que el mundo moderno nos está imponiendo. Y no desaparecerá hasta cuando nuestra sociedad alcance la planicie en la cual los beneficios de la transformación se derramen sobre toda la población y hayan desaparecido los marginados, como ha sucedido en los países que hoy llamamos industrializados. Sin embargo, como es sabido, esa transformación requiere técnica, voluntad, sacrificios y, sobre todo, gran disciplina social. ¿Lo lograremos sin destruir nuestro sistema democrático? Yo creo que sí, pero tenemos que trabajar para lograrlo.